

Lo mental y el funcionamiento de las ciencias humanas

Georges Duby

Tomado de la revista *L'Arc*, París, núm. 72, 1978. Traducción: Guadalupe Pacheco Méndez.

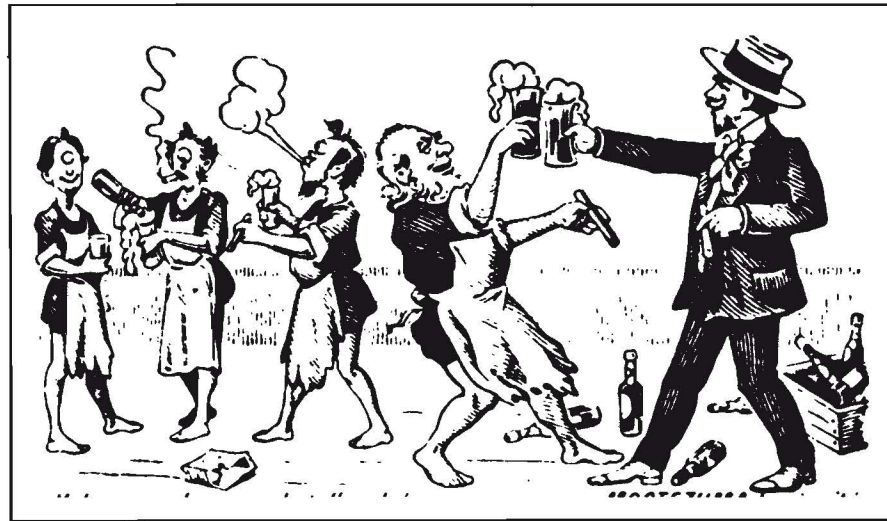
¿Quién se atrevería a dudar hoy que la evolución de las ciencias humanas está determinada por los profundos movimientos de las fuerzas productivas y sus transformaciones, por los cambios tecnológicos, por el incremento o estancamiento de la población, todo lo cual provoca el flujo o el reflujo de la oferta y de la demanda y, a su vez, acrecienta o aligera el peso de las exacciones del patrón, del rentista o del señor? Desde hace décadas, las ciencias económicas han venido remolcando tras ellas a la menuda, debilucha y sometida historia social; todos los historiadores, para darse ánimos, se las ingenian para trazar la curva de precios y salarios, para calcular los porcentajes, para medir con números lo que a la gente de antaño no se le ocurría medir, y se apresuran a introducir en máquinas sofisticadas datos contables incompletos, difícilmente verificables.

Esta fascinación por lo cuantificable, es una reminiscencia de las ilusiones positivistas, un efecto de la pesadez de un aparato teórico, al que insisto en celebrar en voz alta —y bien puede ser que yo sea uno de los últimos en hacerlo— por la extraordinaria fecundidad con la que llevó, y aún lo hace, a todos los impulsos de la investigación histórica a renovarse sin cesar, y es más, afirmo que sin este aparato teórico no comprenderíamos gran cosa de nuestro pasado, sobre todo el más reciente aunque también el más remoto; ese aparato, sin embargo, amenaza con adquirir una rigidez y un despotismo capaz de insensibilizar y entorpecer la mano de aquellos que lo utilizan. Pues esta herramienta, como cualquier otra,

sólo es plenamente eficaz cuando no se oxida, cuando se le da un mantenimiento en forma conveniente. Esta aseveración no es para sumarme a aquellos que quisieran desecharlo, por el contrario, con el fin de reconstituirlo, de devolver flexibilidad, ligereza, y toda su capacidad estimulante, yo me he planteado la siguiente pregunta: ¿cómo intervinieron en la historia de las relaciones sociales, aquellos factores que, sin tener menos realidad que los factores tecnológicos, monetarios, climáticos, demográficos, no se dejan capturar, palpar, observar y no tienen que ver con lo material sino con lo mental, con la idea, con el sueño, con el fantasma? Es un problema al que todas las ciencias humanas deben entregarse en cuerpo y alma, centrando sus observaciones en la interferencia de las determinaciones, pero sin preocuparse por jerarquizar las “instancias”

De cualquier manera, esta cuestión trascendental suscita otra más que afecta a nuestro oficio: ¿existe, a final de cuentas, alguna sociedad que nos entregue de ella misma otras formas que no sean las de un sueño, las del sueño propio de los hombres que la constituyen, las del sueño singular del hombre que la observa? De lo que nosotros percibimos, ¿qué es lo que se modifica a lo largo del tiempo: el cuerpo social en sí o bien la idea que se hace de sí mismo? Tomaré mi caso. Hace mucho tiempo, intenté comprender la organización de la sociedad llamada “feudal”. Para ello, yo ya había seleccionado mi campo: una pequeña extensión territorial donde, por casualidad, debido a la presencia de la abadía de Cluny, la información concerniente a los siglos XI y XII era menos raquítica que en otros lugares. ¿Qué fue lo que hice? Leí a uno de mis predecesores, el monje cluniacense Raoul llamado Glaber; un historiador, muy atento él, a la historia inmediata, que contaba lo que sucedía en sus tiempos.

Un hombre conocedor, lúcido, lo suficientemente elocuente y muy inteligente: en fin, un testigo como se encuentran pocos, que nos revela más por la manera



insólita como nos narra los acontecimientos que por los hechos mismos que relata. El discurso que sostiene Raoul sobre lo social es cautivante. En la complejidad de la red de relaciones, se esfuerza por distinguir un orden simple para ubicarse a sí mismo dentro de él, pero sobretodo porque está convencido de la necesidad de un ordenamiento. Para eso precisamente escribió sus *Historias*, para depurar, para encontrar bajo ese enmarañamiento el plan rector, con el fin de volver al orden, de imponer ese orden. Fabricaba ideología. Por ende, clasificó, distribuyó en casilleros. Distinguió “grandes”, “medianos” y “pequeños”, monjes, clérigos y laicos. Se encontró tanto con campesinos obtusos como con nobles de sangre muy pura, de la que se hacen los santos y cuyos gestos son gloriosamente beatíficos o abominablemente perversos. Pero nunca mediocres. Raoul estimaba que su clasificación se conformaba al deseo de Dios, quien hacía estallar su furia cuando las disposiciones que bendecía se alteraban, pero que, sin embargo, dejaba que el mal, es decir el desorden, se infiltrase —en tanto que la humanidad, aterrorizada y penitente, se apresuraría, renunciando a sus diferencias, a perderse, unánime en lo intemporal. ¿Debía yo dejarme vencer, fiarme de esta proyección y ver

a la sociedad borgoña del siglo XI como la veía Glaber, a través de la pantalla que de manera más o menos consciente él había tendido sobre lo vivido? Separada de mí por casi un milenio, la imagen se encontraba bastante alejada y yo lo suficientemente libre para que su carácter fantasmal me fuese obvio y así pudiese yo intentar desmitificarla.

Tomé entonces textos que me parecieron neutros, directos: títulos, actas levantadas por otros monjes o por curas de aldea, pero siempre —notémoslo bien— por hombres que habían aprendido a leer y a hablar en latín, que detentaban el exorbitante poder que confiere el monopolio de la cultura escrita sobre los espíritus si no es que también sobre lo material. Vi palabras acopladas para establecer, derechos, garantizar un acuerdo, sellar un pacto, que evocaban barracas y huertos, jumentos, denarios, almas en pena, cotas de malla, sepulturas, que mencionaban “hombres rudos”, “caballeros”, “señores”. Y acaba por conocer a estos grandes que tan a menudo reaparecían en escena, lo suficientemente bien como para considerarme capaz de ordenar objetivamente a las gentes, sobre todo a los ricos, en sus lugares respectivos, en sus grupos de parentesco, en sus localidades, sobre la base de una escala de valores sociales. Ahora

bien, estos grupos, estos cuadros, esta escala no coincidían con lo que inventariaba el relato de Raoul Glaber.

Descubrí esto con gran placer, creí haber llegado a lo concreto del tejido social. Pero, de hecho, ¿qué alcanzaba yo sino una representación mental más?, otro procedimiento de ordenación sobre el cual ya se habían puesto de acuerdo, en esta región, en el siglo XI aquellos que hacían de la justicia —de la misma manera que los monjes concordaban con aquella propuesta por Raoul— un abanico de términos clasificadores que se había convenido en utilizar en las discusiones de las juntas de arbitraje y en las encuestas periódicas a las cuales acudían los súbditos del señorío por tradición. Este orden era ficticio. Las fórmulas de los notarios lo mantenían rígido. De nueva cuenta se trataba de una construcción del espíritu, de una manera de imaginar lo social, una imagen no menos abstracta, una teoría. ¿Y la práctica? Se me escapaba.

Ella se escapa del historiador. ¿No también se escabulle de los antropólogos (y no pienso sólo en aquellos que huyen hacia el exotismo para interponer entre sí mismos y su objeto de estudio una distancia igual a la que tomo yo, un medievalista)? El antropólogo recluta informantes que no dicen todo de una vez por todas, como lo hacen los míos. El puede presionarlos con preguntas, forzarlos a decirse, a situarse en el seno de un conjunto. El antropólogo recoge así palabras. Les atribuye un sentido, es decir, se dedica a remendar la red lógica, cuyas mallas son siempre demasiado amplias, que lanza con la esperanza de capturar, sobre lo impalpable, lo inasible de los comportamientos. ¿Pero cuándo se ha visto que los informantes se den cuenta de lo que verdaderamente son ellos mismos, de lo que son los otros, y no de lo que quisieran ser o que no son? Evidentemente, da más seguridad interrogar las tablas de precios, calcular costos, evaluar el peso de un sistema fiscal. Yo me pregunto si este recurrir a las determinaciones económicas no es un poco esquivar las desilusiones a las que uno se expone cuando

se aventura en el análisis de las expresiones simbólicas de una configuración social. Me pregunto también si lo que el historiador llega a conocer en forma inmediata sobre las estructuras materiales de una sociedad al excavar, por ejemplo, entre ruinas o hurgar en los desvanes para recoger restos de atuendos, de utensilios, etcétera, —y que, hagamos notar el hecho, tan a menudo difieren de lo que le muestran los documentos escritos— no cumple más bien la función de conferir seguridad; esa búsqueda de restos materiales se asemeja un poco a esos pedazos de papel con los cuales, por allá de 1911, el imaginario de los cubistas trataba de anclarse en lo real.

¿Batirse en retirada? ¿Replegarse sobre la “cultural material”? Ello sería una escapatoria, a todas luces insuficiente para sustraerme de las presiones de las representaciones ideológicas; puesto que, tal como le sucede al lingüista y al etnógrafo, yo no elaboro libremente mis preguntas, ni interpreto libremente las respuestas. Los resultados de mis pesquisas sin duda alguna quedan determinados por la codificación de una programación de la cual yo no estoy plenamente consciente. De ahí la necesidad de observar al observador mismo, de saber lo que cree, lo que teme; de hacer la historia de los historiadores, la sociología de los sociólogos; de medir la aportación de lo mental al funcionamiento, no ya de las sociedades sino al de las ciencias humanas. En consecuencia, de interrogar a los sabios y preguntarse si, al final de cuentas, efectivamente hicieron lo que dicen haber hecho.

Temblores coloniales, vistos por Joseph de Acosta y fray Juan de Torquemada

Transcripción de Rodrigo Martínez. Referencias Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias, en que se tratan de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales*